

Así, pues, tiene el hombre en su voluntad el poder de reunir los elementos de su ser, cuyas tendencias se dirigen en sentido contrario, y de conducir á la virtud al hombre completo. Puede y debe, es cierto, prescribir la razón leyes á nuestra actividad, porque ha recibido de Dios, en don, el poder de discernir con certidumbre lo bueno de lo malo; pero le falta energía para someter á la obediencia la sensibilidad, cuando ésta se rebela. Ahora bien, la voluntad tiene ese poder en grado suficiente. En definitiva, falta suya es, si no obtiene, como resultado, exacta unidad en el hombre, si no alcanza á hacer de él un hombre completo. Digo si no alcanza la unidad *exacta*, porque también habría unidad, aunque se sometiera la razón á la concupiscencia. Mas, ¿quién querría considerarla como verdadera unidad? ¿Quién querría ver un hombre completo en quien permitiera que se produjeran en él tales fenómenos? ¿Quién tendría pensamientos tan mezquinos que considerase razonable la subordinación del espíritu á la carne, de la razón á un instinto ciego, del amo al sirviente?

Jamás se lo perdonaría á sí mismo el desgraciado que se permitiera cometer un crimen tan contrario á la naturaleza. Querría justificarse; pero no lo lograría por largo tiempo. Ante él se levantaría constantemente lo mejor que hay en su naturaleza, y que no puede hacer desaparecer. Continuamente le representaría que el honor, la dignidad y la nobleza, van acompañados siempre de obligaciones.

Si la voluntad lleva en sí el poder sublime que puede hacer reinar en nosotros la paz, esto es, el poder de someter la sensibilidad á la razón, también tiene la obligación de servirse de ese poder. Comprende demasiado bien esa voz, de la cual no puede huir, porque le habla desde el fondo de su corazón: «Tienes delante la vida y la muerte; se te dará lo que escojas». ⁽¹⁾ Eres dueño de tu suerte, eres el artista de tu grandeza ó de tu caída. Gradualmente puedes descender hasta el fondo del abismo, ó, de peldaño en peldaño, subir hasta la altura de la inmortalidad. En-

(1) Eclesiastés, XV, 18.

tonces, ¡arriba! ¡Avergüénzate de parecer cobarde! ¡Muéstrate digno de tu grandeza!

7. Cobardía de la voluntad.—Mas ahí se halla escondido para muchos el escollo de la perdición. Constantemente se repiten las palabras: «No comprende el hombre su honor; prefiere colocarse al nivel de los animales, y hacerse á ellos semejante». ⁽¹⁾ Fuerte es la sentencia, pero verdadera. Muchos la consideran fuerte en demasía, y piensan que rebaja al hombre de manera poco conveniente. ¡No es así por desgracia! No comprende su honor el hombre, porque no quiere comprenderlo; tiene miedo á su honor y á su poder; teme al libre albedrío, porque es demasiado cobarde para soportar la obligación y la responsabilidad que pesan sobre él. De ahí es que unos niegan completamente el libre albedrío; y otros buscan pretextos para hacer creer en la imposibilidad de resistir á la naturaleza sensible y de someterla á la obediencia. «La carne es débil», ha dicho el Maestro, ⁽²⁾ pero nada se dice de que el mismo Maestro ha dicho que el espíritu tiene la voluntad. Todas esas causas de justificación, que se alegan para legitimar las tendencias de los sentidos, traen á la memoria las excusas de Aarón: «¿Qué he hecho? He echado oro en el fuego y ha salido este becerro». ⁽³⁾ Pero con tales palabras no puede ocultarse la verdad; y la verdad es que no recae la falta sobre la sensibilidad no libre, sino sobre la voluntad libre. En la cobardía de la voluntad se halla la primera y fundamental razón de que haya tan pocos hombres que resulten hombres completos, y que den los primeros pasos para dirigirse hacia su fin. La sensibilidad no es más que la ocasión, aunque es la verdadera causa en la mayor parte de los que no alcanzan su fin. Pero la falta propia es de la voluntad. Con frecuencia sucede que la voluntad se horroriza de su propia fuerza, cuyas consecuencias son tan terribles. «No he nacido para la guerra:

(1) Salmo XLVIII, 13, 24.

(2) S. Mateo, XXVI, 41.

(3) Exodo, XXXII, 24.

amo la paz. ¿Para qué incitar al enemigo al combate? Conozco que ya es en mí bastante cruel la guerra, y no siento deseo alguno de entrar yo mismo en acción para avivarla más y más. ¿Ha de durar eternamente esta lucha? No me habléis de combates; prefiero el reposo».

8. La vida es una caballería; el hombre es un caballero.—¿Qué ilusión tan vergonzosa! ¡No has nacido para la guerra!... Si llamas guerreros á los mercenarios y á las almas de los esclavos que obedecen á la violencia, tienes razón para no alistarte en sus filas; pero piensa un momento siquiera en tu patria y en tu origen. Estás en país extranjero, es verdad, y te hallas perfectamente. Si caíste en esa esclavitud degradante, allá en los tiempos más remotos, eso es una falta personal. ¿Es que te han enervado de tal manera esos servicios humillantes, á los que te rebajas con tanta frecuencia, que no conoces ya la sangre generosa que corre por tus venas? ¿Has olvidado por completo la real y caballeresca raza de que descendes? Pertenece á un pueblo en que todos los guerreros son voluntarios, y en que sólo se estima la raza á que pertenecen los guerreros más nobles, los parientes del rey. ¿Es posible que no lata de gozo tu corazón á los solos nombres de guerra y de combate? Aquiles fué disfrazado por su madre, á la edad de nueve años, con vestidos mujeriles, y puesto entre las hijas de Licomedes. Quería de este modo sustraerlo á la guerra santa contra Troya. Mas apenas oyó hablar de guerra el niño, se dió á conocer inmediatamente; no podía ocultar por más tiempo su sangre de héroe. Y tú que no eres niño, sino que eres dueño de ti mismo, tú que estás destinado para ser rey en tu misma casa, ¿tiembles cuando escuchas el sonido de la trompeta que te llama á la guerra? Golpea con el casco la tierra el corcel; desprecia el miedo y desafía á la espada; hecha espuma, relincha, y cuando suena el ataque, ¡Vamos! dice. Y entre tanto ¿pensaría en huir y hablaría de paz el ginete que lo monta, aquel ginete magníficamente equipado y cubierto de escudo y de corazón?

¡La paz! ¡Hermosa palabra! Y sólo el que ha nacido para la guerra, un Ismael, cuyo brazo se levanta contra todos, y contra el cual se levantan todos los brazos, puede dejar de encontrar en ella toda clase de dulzuras. Pero es necesario que sea paz oportuna, paz que pueda obtenerse sin deshonor y sin perjuicio. Mejor es la guerra honrosa que la vergonzosa paz. Pero ¿puede imaginarse paz más vergonzosa que aquella en que el destinado para reinar en su propio reino se somete por debilidad á un esclavo rebelde que se hace tanto más arrogante, y sabe dominarse tanto menos, cuanto que le ve más incapaz de hacerle resistencia? Si hay casos en que la paz no puede ser sino el precio de la victoria, es éste ó ninguno.

Pero la victoria es el fruto de una guerra legítima llevada hasta el fin. ¿Quién puede hablar de paz, cuando no se ha iniciado seriamente la guerra? Cada cosa en su tiempo. «Hay tiempo de plantar y de arrancar, de matar y de curar, de abrazar y de desprenderse de los brazos, de amar y de aborrecer; tiempo para la guerra y tiempo para la paz». ⁽¹⁾ No te canses, no te desalientes, porque «no has resistido todavía hasta derramar sangre». ⁽²⁾ Quiere decir que se engañan, y que «llaman paz lo que no es paz». ⁽³⁾ Bueno es aspirar á la paz, pero hay que comenzar por ir á la guerra para conseguir paz durable y verdadera. ¡Arriba, pues! ¡Acuérdate de la generación de caballeros de quien descendes! ¡Acuérdate de tu vocación real y de tu nobleza! Á todo caballero le está bien la consigna de los antiguos héroes: «Maldito el que tiene envainada la espada, impidiéndole derramar sangre». ⁽⁴⁾

Después de muchos años de vida espiritual pasados en gran severidad, pero en una severidad algo exterior, estaba un día en oración el bienaventurado Enrique Susón, cuando llegó á meditar las terribles palabras que en sus

(1) Eclesiastés, III, 1, 8.

(2) Hebreos, XII, 3, 4.

(3) Ezequiel, XIII, 10.

(4) Jeremías, XLVIII, 10.

sufrimientos había pronunciado Job: «Lucha es la vida del hombre en el mundo». ⁽¹⁾ Apenas había comenzado, cuando un joven elegante y robusto le llevó espuelas y vestido de caballero, que le puso, diciendo: «¡Sé caballero! hasta ahora no has sido más que soldado, y Dios quiere que seas caballero!» Mirando Susón las espuelas, dijo con extrañeza: «¿Qué he llegado á ser? ¿en qué me he convertido? ¿es posible que yo sea ahora caballero? Pues que lo soy, quiero serlo de veras». Y habló así al joven: «Si quiere Dios que yo sea caballero, preferiría ganar las espuelas en un brillante combate». A lo cual dijo el joven, vuelto de medio lado y sonriéndose: «Tranquilízate, no te faltarán combates. El que quiere librar el combate espiritual de Dios, entrará en una lucha mucho más terrible que las en que han bregado los héroes de todos los tiempos, cuyo carácter épico tanto gusto tiene en cantar y divulgar el mundo». Entonces se apoderó del Santo el miedo, porque no han tenido vergüenza de confesar los Santos que no les era extraño lo humano, y se puso á temblar de pies á cabeza, hasta que cayó en tierra. Postrado así, oró á Dios desde el fondo de su corazón, pidiéndole que le descargase de tan terrible peso su dulce y paternal bondad; pero que, sin embargo, se cumpliera en él su voluntad. ⁽²⁾ Otro día, viajando por el lago de Constanza con uno de sus más distinguidos vasallos, le dijo éste que trataba de reunir á los señores para un torneo, en el cual se distribuirían honores y recompensas á los que mejores pruebas de valor dieran. «¿Y qué recompensa será esa?», preguntó Susón.—«La dama más hermosa de las presentes, dijo el vasallo, le pondrá un anillo en el dedo». «Pero dime, amigo, interrumpió Susón, dime ¿qué hay que hacer para ganar el honor y el anillo?» «Sólo ganará el premio, respondió el vasallo, el que habiendo sostenido el mayor número de asaltos, y recibido mayor cantidad de golpes, no se desaliente, sino que se porte brava y varonilmente, per-

(1) Job, VII, 1.

(2) *Seuse's Leben*, 22 c.

maneciendo firme en su alazán, á pesar de todos los encuentros que sostenga».—«¿Bastará con que salga uno vencedor al primer encuentro?» dijo Susón.—«No, respondió el otro, debe continuar el torneo hasta el fin; y aunque sea tal el ardor del combate, que despidan llamas sus ojos, y le salga la sangre por la boca y por la nariz, debe soportarlo todo, si quiere ganar el premio».—«¿Y qué sucederá si llora, ó si se manifiesta triste por haber sido derrotado?»—«Jamás debe hacerlo, añadió el vasallo, y aunque tenga el corazón hecho pedazos, como sucede á muchos, debe manifestarse siempre jovial, sino quiere exponerse al desprecio y á las burlas, y á perder honor y anillo».

Impresionado con aquel discurso, dió un profundo suspiro el siervo de Dios, y dijo: «¡Ah! ¡Dios mío y Señor mío! Si á tales sufrimientos se exponen los caballeros de este mundo por tan insignificante recompensa, muy justo es que se trabaje mucho más, cuando se trata del eterno galardón. ¡Amantísimo Dueño mío! ¡Ojalá me halles digno de ser tu caballero espiritual! Sufriré voluntariamente todo cuanto quieras». Y era tal la reflexión que acababa de hacer, que se puso á derramar abundantes lágrimas. ⁽¹⁾

9. Los verdaderos caballeros del espíritu.—¡En verdad que muchas veces podríamos derramar lágrimas abundantes nosotros, viendo que hombres que no se asustan ante la espada, son vencidos por la pasión del vino ó por otra pasión más vergonzosa todavía! ¡Especial la debilidad de los hombres! Se avergonzarían de tener miedo en presencia del enemigo, y no pueden resistir á las lisonjas y á los asaltos de la carne. Revólver en mano defienden su propiedad contra los ladrones, y son incapaces de impedir á sus ojos que despojen á su alma con el desarreglo de sus miradas. Disparan los cañones sin inmutarse, y no sienten cuánta degradación hay en su situación, cuando ni siquiera pueden soportar la palabra menos irritante y la mirada menos despreciativa.

En verdad que nos es imposible reconocer un valor ver-

(1) *Seuse's Leben*, 47 C.

dadero y perfecto en un ardimiento que sabe tomar por asalto las ciudades, y no puede vencerse á sí mismo; que con ciego furor se lanza á las más arriesgadas empresas, y no sabe soportar con calma algunos dolores, ni rehusar ciertas dulzuras. Sí, es mucha verdad que no se necesita menos heroísmo para seguir nuestras propias convicciones sin importársenos mucho de los juicios del mundo, y para resistir á las perversas inclinaciones que sentimos en nosotros mismos, cuando las condena nuestra sana razón, que para presentarnos en la liza, arma al brazo contra un enemigo armado de pies á cabeza. Puede suceder que procuren menos honor á los hombres esos combates, que tienen su origen en la lengua, en los ojos, en la envidia, en la concupiscencia, en la ira, en el respeto humano, y sobre todo, en los placeres de los sentidos en lucha con la voluntad; pero es cierto que exigen no menos alientos y no menos energía que los de la caballería. Y si hay hombres que sucumben en esa lucha interior, mientras no revelan debilidad alguna en otras acciones más grandes en la apariencia, deben confesar, con el rubor en la frente, que tienen necesidad de subir más de un escalón difícil para ser perfectos caballeros.

Tales eran los verdaderos caballeros del espíritu de que nos hablan nuestros Libros Santos, aquellos caballeros que desafiaban la rabia de un Nabucodonosor y de un Nerón, y que, inmutables, seguían los consejos de su conciencia, haciendo frente á la muerte misma. Se apagaban los hornos encendidos para ellos, se enmohecía el filo de las espadas, olvidaban los leones la sed de sangre que les diera naturaleza, y ellos permanecían firmes en medio de los tormentos, inquebrantables en los calabozos, inflexibles en presencia del desprecio y de las burlas. Ningún sacrificio les parecía demasiado grande para guardar sus convicciones.

Tampoco estaban excluidas las mujeres de las filas de la caballería. Porque aquí no se trata de las fuerzas del cuerpo, sino de las energías del espíritu. Por eso sucedió

más de una vez que niños débiles y tiernas doncellas alcanzaron en aquella lucha coronas más brillantes que las de los más valientes guerreros. Ofrecieron magníficos espectáculos ante Dios y ante los hombres, á pesar de todas las amenazas y de todas las promesas. Fieles á la palabra empeñada, no dejaron arraigar en su corazón más amor que el que santifica todas las energías. Amor, fidelidad, pureza, eran estas las únicas palabras que comprendían, las únicas inclinaciones que les comunicaban ardimiento. Por ellas, se atrevían á todo, lo evitaban todo, lo sacrificaban todo, lo sufrían todo.

Jamás titubearon ante los tribunales, jamás dieron muestras de la menor debilidad. Á todos pueden aplicarse las palabras: «Hermosos y brillantes como ordenado ejército de escuadrones». ⁽¹⁾

Jamás hubieran alcanzado semejante resultado, si para hacer invencible su espíritu, no lo hubieran ejercitado antes en los combates de su propio interior, en aquellas luchas, en apariencia deshonorosas y siempre difíciles, contra los placeres de la carne, la vanidad del corazón, la molición, la pereza y el sentimentalismo. «¿Qué diremos, exclama San Gregorio el Grande, qué diremos al contemplar ese espectáculo ante el cual nadie puede permanecer insensible, cobardes como somos? Vemos débiles doncellas que llegan al cielo á través de paredes de bronce, mientras que á nosotros nos desarma la rabia de la ira, nos enerva la sensualidad y nos hace bambolear la ambición. ¿No debemos avergonzarnos de sucumbir en la paz, cuando se cubrieron ellas de heroísmo en medio de los combates?» ⁽²⁾

10. La voluntad tiene una misión grandiosa y llena de responsabilidad.—Se ofrece aquí á nuestra voluntad un trabajo importante, serio y sublime á la vez; hállese todo lo que por su naturaleza puede impresionar fuertemente á un espíritu elevado: honor y nobleza, deber y conciencia. En el fondo de nuestro corazón hay dos poten-

(1) Cantar de los Cantares, VI, 9.

(2) S. Gregorio el Grande, *In Evang. hom.*, 11, 3.

cias enemigas que se disputan la victoria; y «allí en donde el árbol cae, allí se queda». Entre esas dos potencias que se hacen la guerra, está la voluntad, sin la cual no puede obtenerse la victoria, y sin que pueda dispensarse de manifestar su decisión. Permanecer inactiva, sin declararse por el uno ó por el otro bando, en tales circunstancias, no sólo sería vergüenza y cobardía, sino algo de imposible realización. Si en un imperio se rebelan contra el poder á que deben estar sujetos los que en virtud del derecho están sometidos á la obediencia, el deber de restablecer la tranquilidad incumbe al que dispone de la fuerza. No es neutralidad mostrarse inactivo en caso semejante; es olvido del deber, y tomar parte en la rebelión. El que no está en favor del deber, está contra el deber. «El que no reúne, dispersa». ⁽¹⁾ Pero es reo de imperdonable traición el que, con el silencio y la inacción, confirma á los sediciosos en la rebelión, cuando sin gran trabajo pudiera llevarlos al buen camino, y más, cuando los que se dejan arrastrar á la revuelta, ya por debilidad, ya por falta de conocimiento de su estado y condición, estarían, seguramente, dispuestos á dar oídos á la voz de la razón, si seriamente hubieran sido llevados al conocimiento de sus deberes. Semejante hombre se hace culpable, no sólo ante aquel á quien debía servir como los demás, sino también ante los sediciosos á quienes ha engañado.

Colocada entre el deber y la traición, capaz de ser señora de su propia suerte, pero expuesta también al peligro de caer en la más indigna servidumbre, libre para conservar la dignidad por la cual llega hasta la imagen de Dios, ó para perder por su debilidad el gran rasgo que la distingue de los animales, ¿cómo podrá titubear un momento la voluntad en presencia de sus obligaciones, aunque le cueste los más grandes esfuerzos sobre sí misma? Cuando luchan juntos el honor y la vergüenza, la vida y la muerte, ¿puede acaso dudar del lado en que debe colocarse el que se encuentra en medio de la contienda? «Como ha

(1) S. Gregorio el Grande, *In Evang. hom.*, 11, 3.

nacido el pájaro para volar, así ha nacido el hombre para trabajar». ⁽¹⁾ Pero la vida, dicen los filósofos, está en la actividad. Si el trabajo es la vida, la inacción es la muerte; por tanto, con justicia es la muerte eterna patrimonio del que teme el esfuerzo para ser dueño de sí mismo. ¿Por qué ha escogido la muerte por herencia?

Tenemos mucha razón en decir que tal es la función de la voluntad en el hombre. No á todos ha sido dado llamar la atención en el mundo; pero á todos queda el recurso de un reino grande y maravilloso: es el reino del propio interior. Juntos todos los dominios de los príncipes, no pueden igualar el valor que encierra en sí ese reino sagrado, el reino de Dios que está en nosotros. Sus súbditos, todos nobles y ricamente dotados, son los órganos y los miembros del cuerpo, los apetitos y las pasiones que tienen su asiento en los dominios en que se ponen en contacto el alma y el cuerpo, las potencias inferiores del alma, la potencia de la percepción, la potencia imaginativa y la fuerza motriz. Mas por eso precisamente están poco inclinados á hallar fácil la obediencia. Ahora bien, el dominio de ese vasto reino está en manos de una princesa real de sentimientos nobles y de pensamientos sublimes, si bien no es bastante fuerte para reinar sola en un reino compuesto de súbditos tan díscolos y tan difíciles de gobernar. Esa princesa es la más alta facultad del alma, la chispa divina que dejó caer Dios en el hombre, la razón. Y el gran Rey que la escogió por esposa, ha puesto á su lado un general encargado de dirigirla, hasta que la haya colocado en su propia morada, un guía de noble y caballeresca raza, que tiene á sus órdenes todas las fuerzas del reino, la voluntad. Á ella incumbe la obligación de velar para que la esposa del Rey no sea víctima de ninguna violencia en el reino que es también suyo. Ella da las órdenes y tiene en su mano el poder de ejecutarlas. Si sabe mantener la paz en sus Estados, no sólo cumple con sus deberes, sino que obliga al mismo Rey á estarle agradecido. Y ciertamente,

(1) Job, V, 7.